

EL PORVENIR

PERIÓDICO CARLISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 íd.; un año, 4 íd.; número suelto, 0,10 íd.

Pago adelantado.

Se publica los miércoles.

Administración: Bajada de Carmelitas, núm. 1

á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 15 por 100 de rebaja.

Jesucristo es Dios.

Controversia.

—**El Racionalismo:** «La sublimidad de las Escrituras me encanta; la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Recorred los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡cuán pequeños son al lado de éste! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo, á la vez, sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquél de quien traza la historia no sea más que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta ó de un ambicioso? ¡Cuánta dulzura, cuánta pureza en sus costumbres, y al mismo tiempo qué gracia tan tierna en sus instrucciones, qué elevación en sus máximas, qué profunda sabiduría en sus discursos, qué seguridad de ánimo, qué delicadeza y exactitud en sus respuestas, qué imperio sobre sus pasiones!... ¿Diremos acaso que la historia del Evangelio fué caprichosamente inventada? Amigo mío, no es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, se hallan menos comprobados que los de Jesucristo. Además, esto es eludir la dificultad sin destruirla: sería más inconcebible que muchos hombres se hubieran puesto de acuerdo para formar este libro, que no que uno sólo hubiese prestado el asunto. Jamás los autores judíos conocieron ni ese tono ni esa moral, y el Evangelio encierra caracteres de verdad tan luminosos, tan perfectamente inimitables, que su inventor sería más admirable que su héroe» (1).

—**El Judaísmo:** Y bien, si tal es la sublimidad del Evangelio y sus caracteres de verdad tan luminosos y tan perfectamente inimitables, ¿por qué no le creéis? Si le creéis, apremia que adoréis á su héroe como Dios. «Nosotros tenemos ley, y según ella, debía morir porque se hizo Hijo de Dios», y Moisés condenó á muerte á los blasfemos. La sinagoga no puede pensar que ha manchado sus manos autorizando esa muerte.

—**El Racionalismo:** «Dicen que Sócrates inventó la moral; sin embargo, otros antes que él la habían puesto en práctica; él no hizo más que presentar como lecciones los ejemplos de aquellos. Aristides había sido justo antes que Sócrates hubiera definido la justicia. Leónidas había muerto por su país antes que Sócrates hubiese constituido un deber del amor á la patria. Esparta existía mucho antes que Sócrates recomendara la sobriedad, y antes que él hubiese dado la definición de la virtud, la Grecia abundaba ya en hombres virtuosos. ¿Pero en dónde podía haber aprendido Jesucristo una moral tan elevada y tan pura, de la cual él sólo ha dado las lecciones y el ejemplo? Del seno del más furioso fanatismo se dió á luz la más alta sabiduría, y la sencillez

de las más heroicas virtudes honró al más vil de todos los pueblos» (1).

—**El Revelacionismo:** ¿Sinagoga, qué dices tú? El racionalismo te acusa de haber sacrificado por fanatismo furioso la más alta sabiduría. ¿Era eso lo que mandaba Moisés? ¿Se manchó ó no las manos la Sinagoga entregando al suplicio la sencillez de las más heroicas virtudes?

—**El Judaísmo:** Digo que es menester apurar las consecuencias. Si no es posible á ningún talento humano rayar á la altura de Je-

—**El Revelacionismo:** En los sesenta siglos de vida que lleva el mundo, ¿quién ha reinado con más gloria que reina Cristo? ¿Quién ha extendido su poder á todas las naciones de la tierra? Pero qué, ¿no anunciaron los profetas que el rey magnífico de que hablas «crecería como una tierna planta y como raíz en tierra sedienta, que cargaría sobre si nuestros dolores, y desde la angustia y desde el juicio sería levantado en alto para ser cortado de la tierra de los vivientes, y herido por la maldad de su pueblo» (1). ¿Lo oyes, Sinagoga? Herido por

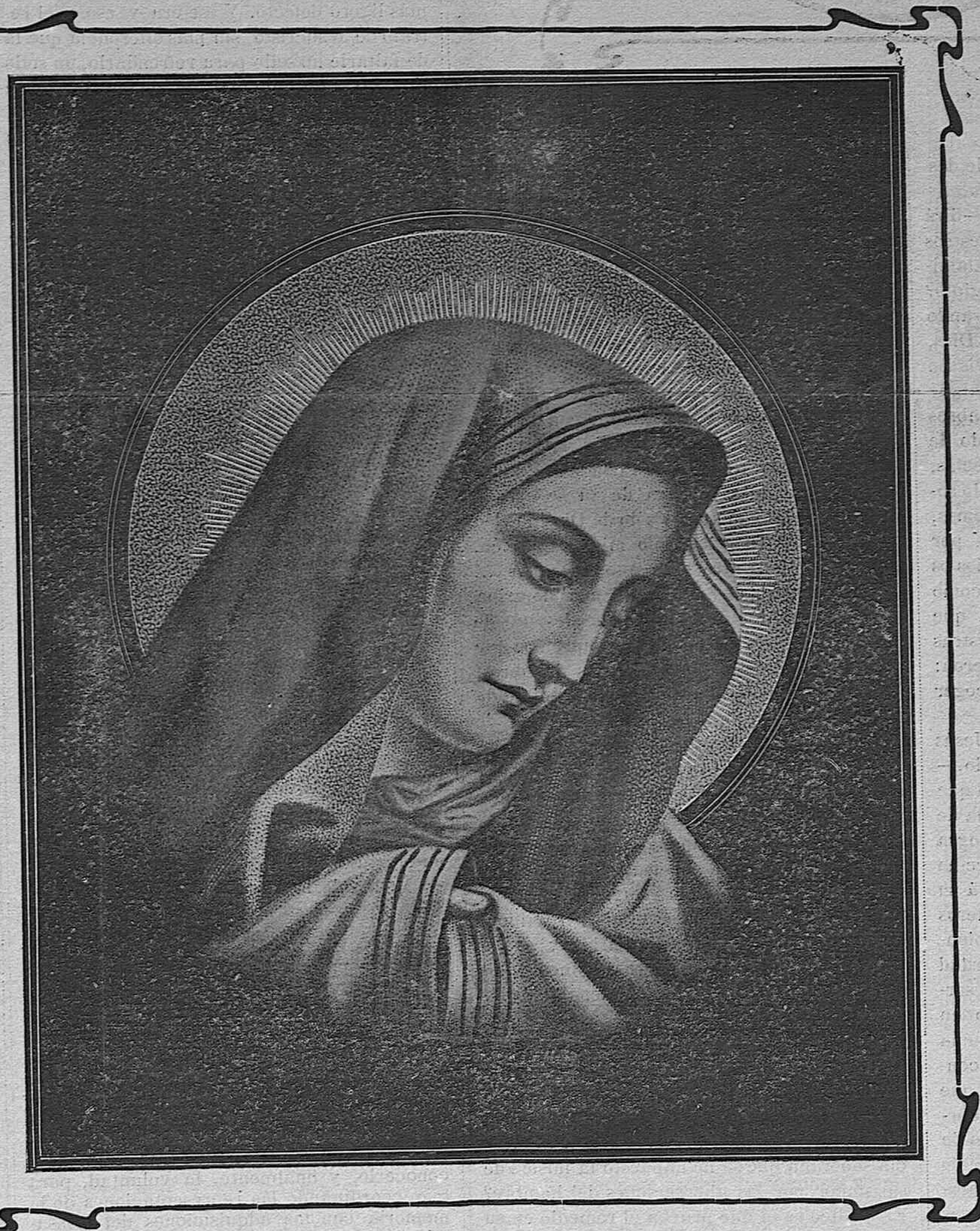
dita, que por salvar el honor de Dios se expone á clavar á Dios en patíbulo vil como á un malvado! ¡Oh Sinagoga! ¡Oh pueblo judío! La razón os condena, la conciencia os maldice, la historia os desprecia y el mundo entero; porque la razón, la conciencia, la historia y el mundo, no hallan medio de ejercer la compasión con los monstruos. No la razón, porque convictos de falsedad, prostituis las Escrituras para sosteneros; no la conciencia, que recuerda con rubor la corrupción salvaje que hicisteis de sus leyes; no la historia, tes-

tigo de vuestro crimen; no el mundo, á quien habéis dado el primer ejemplo de divertir los odios de un pueblo satirizando la moral y afligiendo á la inocencia.

—**El Judaísmo:** ¡Oh racionalismo! Nada te debo ni te pido para que mezcles con tu argumentación el insulto, ni tal es la limpieza de tu proceder que ante los mismos tribunales que invocas no aparezcas complicado en hechos vituperables. Construyes á Jesús un trono que se encrespa y resplandece sobre la inmensidad de los cielos, y tus razones tendrás cuando así lo haces; pero, ¿qué clase de reinado es el que le otorgas, cercenándole el poder sobre los seres que le pones debajo; no admitiendo su triunfo sobre la vida y la muerte, ni aun sobre los elementos mezquinos de la naturaleza? Y qué, ¿no será ensañamiento, alevosía y escarnio, la sangrienta ironía de enaltecer al Cristo y su Evangelio, reduciéndolos luego el primero al Santo Dios de los indoctos, y el segundo al libro de las sublimes mentiras? Refuerzas la voz para advertir que sería más inconcebible que muchos hombres se hubieran puesto de acuerdo para inventar aquel libro, que no que uno sólo hubiese prestado el asunto; pero no sólo dejas indefensa una afirmación tan valiente como esa lo es, sino que arrepentido tal vez de haberla hecho, te encargas de anularla por su alcance ilimitado y ejecutas la capciosa y peregrina figura de ocultar que el Evangelio, si ha de valer algo, ha de ser inconsútil como la túnica de su héroe. Prodigas elogios á la moral de ese libro, pero á sus profecías concedes un irreverente desdén, á sus narraciones milagrosas una sonrisa malévola, y á los textos precisos, terminantes, de la divinidad de Jesucristo, das la explicación donosa de que son un recurso, un recurso para imponer la moral y ser creído.

¿La impustura un recurso de la santidad?... ¿Y es así como se inventa? Así se inventa el infame arte de poner un inri á la razón y de hacer comedias bufas con la personalidad de Jesucristo. Igual crees tú en él que yo. ¿Quién será más responsable?

—**El Revelacionismo:** Los dos. O el Evangelio es absolutamente verdadero, ó no lo es. Si lo es, luego Jesucristo es Dios, porque su fin, su ley, su narración, su doctrina y todo su contenido refluye, se apiña, se mueve como las aguas agitadas circularmente en derredor de un eje central que es esa misma



sús, éste es más que hombre. Reconocerlo y perseguirle es injusto, y sobre todo, cantar himnos á su moral y á su ingenio, y tender su personalidad en el arroyo es atentatorio á la razón y sacrilegamente impio. Si se presume, presente ó palpa que Cristo es Dios ante él no hay más que orar. Nosotros no creemos en un Mesías paciente, sino en un Mesías guerrero que restituyera á Israel glorioso dominio sobre las otras naciones, según lo anunciaban las profecías.

la maldad de su pueblo, cortado de la tierra de los vivientes.

—**El Racionalismo:** ¡Oh pueblo judío! ¿Quién más sacrilego que tú? ¿Quién más cobarde? Refinaste la alevosía, el ensañamiento y el escarnio al extremo de embriagarte en ellos, chorreando de tus fauces inmundas la sangre de la inocente víctima que desmenuzas. Si no era Dios, ¿por qué le temes? Si lo era, ¿por qué no le amas? ¿Y en caso de duda te resuelves á perseguirle? ¡Oh prudencia inau-

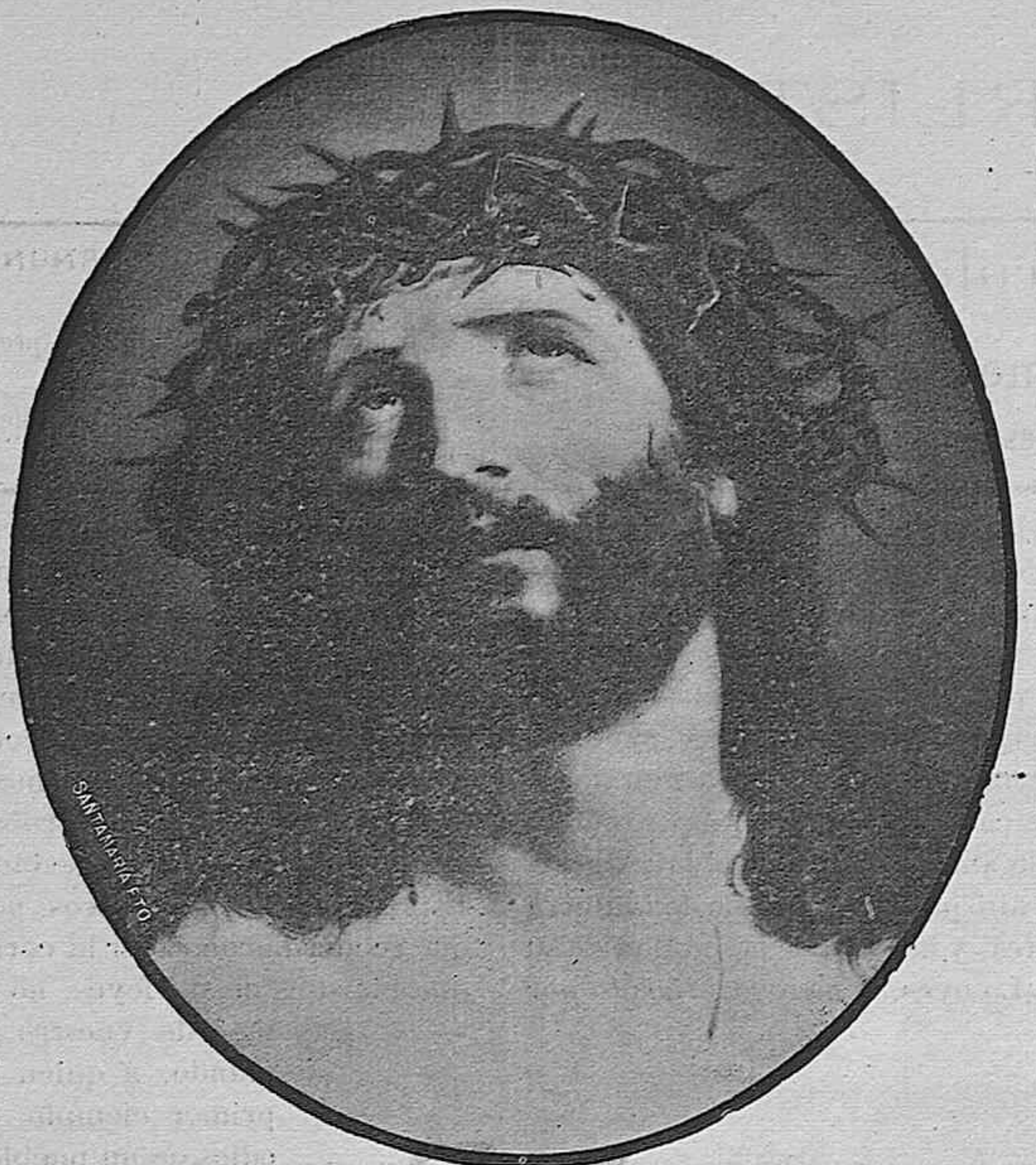
(1) Isaías.

(1) Rousseau.

(1) Rousseau.

afirmación. Si no es absolutamente verdadero es inconcebible su creación, inconcebible humanamente. Sin embargo es un hecho,

los ama como hijos; nadie ha hecho hermanos a los hombres sino Cristo; nadie ha tenido palabras de consuelo para la pobreza y el



y sólo quien fuera capaz de inutilizarle desnudaría a Jesucristo de la divinidad.

—Mis profecías no se han cumplido— dirá la Sinagoga. «Ya sé que atribuíis á vuestros pecados la prolongación de vuestra calamidad. ¿Pero fuisteis acaso mejores en Egipto? ¿Cómo apedreado á los profetas y adorando á los ídolos habéis sido favorecidos de Dios, y ahora que no hacéis nada de eso vivís en perpetuo cautiverio? Porque habéis inmolado á Cristo. Concedoos que por mano de hombres fué destruído el Templo; pero, ¿depende de los hombres que hayan cesado las profecías, los oráculos y el fuego que caía del cielo sobre los sacrificios? De todo eso carecemos, decid; porque no tenemos metrópoli. ¿Y por qué no la tenéis?...» (1). ¡Ah! es que Dios os ha abandonado. Reputásteis al Mesías como leproso, y los clamores infernales con que pedíais que cayera su sangre sobre vuestras cabezas y la de vuestros hijos se cumplieron: ¿fuisteis profetas impíos y no queréis recoger ahora la maldición de la profecía?

—Para mí—dice el racionalismo—Jesús es un gran sabio, un sabio extraordinario.— Bien; ¿y cómo deberá llamarse al sabio que la primera ley que impone al mundo es la de que el mundo le adore como Dios, y logra que se le adore en un mundo que extrema furiosamente su oposición al sabio, y á su ley, y á sus predicadores, y á sus primeros adeptos? ¡Ah! ¿Qué sabio será el que habiendo declarado públicamente que era la Verdad y la Luz del mundo, ni hubo quien lo sorprendiera en mentira, ni dejó resquicio en su doctrina por donde penetrara la carcoma implacable que hace polvo de todas las concepciones humanas? ¿Qué sabio será el que con sus parábolas, sus respuestas, sus exhortaciones llenó colmadamente las medidas de la capacidad mental del universo, el vacío general de los corazones, los huecos sociales abiertos en la humanidad, no por los mares ni las distancias, no por las razas ni los colores, no por el clima ni por las lenguas, sino por el irritante y bestial despotismo de la fuerza sobre el débil, del oro sobre la miseria, y del impudente derecho del vencedor sobre el vencido? ¿Qué sabio será el que tiene los insólitos acuerdos de enseñar el perdón de las injurias, las pasmosas bienaventuranzas, y asienta como piedra fundamental de su doctrina la igualdad social, la libertad de toda coacción injusta y el amor fraterno con responsabilidad de conciencia ante el Cielo? Catón despreció la injuria, Cristo la perdona; Catón llama enemigos á los esclavos, Cristo

(1) San Gregorio.

abatimiento sino Cristo. Sólo Jesús ha tendido su mano protectora al humilde, al desvalido, al indefenso, al proscrito, al desheredado de la fortuna. Sólo Jesús ha roto las mugrientas cadenas del esclavo; sólo él, sólo él, abriendo brecha de muerte en el costado de bronce de los poderosos y conminándolos con severidad y energía á que no estaban acostumbrados, los obligó á rasgar los títulos falsos de su dominio inicuo y á descender del solio altivo de su tiranía á besar con dulzura la frente desolada de los siervos. «Levanta tu rostro, desgraciado! Mira con serenidad y sin humillaciones la cara de tu señor. Tú eres hijo mio, y mis hijos sólo de Dios pueden ser esclavos. Tu señor, hijo mio es también. Él y tú no sois otra cosa que hermanos....»

¿Quién había oído jamás una doctrina como esa? ¿Qué sabio será el que después de sembrar la semilla de esa ley suprema, que allana las diferencias entre los hombres, ofrece al mundo el espectáculo sublime de una virtud sin mancha y los medios de remontarse á la cúspide del bien sin violentar los derechos de la razón, de la naturaleza y de la libertad? ¿Qué sabiduría será la que, valiéndose de una fórmula que la filosofía egoísta y el sensualismo censuran como paradójica ó imposible, superando obstáculos y regando la tierra con la sangre propia y la de sus creyentes, vence, vive y fructifica, regando preocupaciones sectarias y arrojando impertérrita las borrascas incandescentes de la persecución? ¡Ah! es la ciencia de las ciencias; la ciencia de Dios.

—El racionalismo y el judaísmo: ¿Pero la Ciencia de Dios víctima sangrienta en una Cruz?

—El revelacionismo: «¿Pues qué otro pináculo queréis dar más adecuado á la ciencia soberana que se ha impuesto la misión de satisfacer por las aberraciones del hombre? El médico es el que prueba el remedio en su propia persona; el legislador se convierte á sí mismo en víctima para reproducir con más viveza su necesidad. Si Jesucristo, en lugar de la Cruz, hubiera escogido las delicias de la vida para salvarnos, ¿qué derecho tendría para exigirnos que hiciéramos penitencia, mortificando en nosotros la voluptuosidad, la ambición, las alegrías insensatas y los bienes de este mundo? ¿No venía él á ser nuestro modelo? Os anonada ver que Dios pueda padecer, y es porque dáis pábulo excesivo á la voluntad que tenéis de no dejaros vencer por ningún género de argumentos. El colmo, oído bien, el colmo del poder de un Dios consiste en contenerse á sí mismo hasta dejar maltratar la naturaleza humana que le

está unida, y si no veis á Dios en el sufrimiento, debéis verle en la manera de soportarlo» (1), y no sólo por la gravedad de dolor que le aflige, sino principalmente por la mansedumbre con que le soporta. Moría en la cruz el que había dicho al mundo: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*, y su humildad debía hacerle grande, es decir, revelar que era grande, dominando el espíritu de venganza ya que voluntariamente se había entregado al suplicio y era menester acreditar de obra su palabra. Ved ahí al gran sabio dando ejemplos de la máxima con que quería que se gobernara el mundo. ¿Puede tildársele por ello de pecado?

¿De pecado he dicho? ¿Hay alguien que se atreva á contestar á ese reto lanzado por el mismo Cristo? El implica que la hermosura y pureza de su corazón y la elevación de su alma fueran tales que lo recto, lo excelente, lo sumo, lo inefable, fuera lo natural en su estado. Ese reto vibrante dirigido al mundo sin vacilaciones, sin ambigüedad, sin temor, envuelve que Jesucristo fuese sabio sin afectación, grande sin vanidad, pobre sin disgusto, moderado, paciente, magnánimo, intrépido sin violentarse. Su humildad debía rayar los límites de lo inconcebible, su mansedumbre, su obediencia, su pureza, su modestia, su desinterés, la nobleza de sus palabras, la rectitud de sus obras, la dulzura y orden de su porte y de su trato, tan acabados, tan exquisitos, tan excepcionales, tan nunca vistos ni oídos, que jamás pudiera observarse en él la más leve inclinación al más ligero defecto. Y ese era y ese es el retrato de Jesucristo, sin más diferencia que la de faltarle un sello para refrendarlo, un sello singular, un sello que, teñido con la sangre aún caliente de la víctima expiatoria del pecado ajeno, tenga de ella el mérito de sus últimas pulsaciones.

¿Sello divino! ¿Cómo no helarás de espanto á los enemigos del Nazareno? Sumergido en un abismo de angustias, atravesado por los clavos y las espinas, descoyuntados sus huesos, plagado de heridas y agonizante, á presencia de sus asesinos, eleva al cielo su vista turbada, despliega sus labios bañados en sangre, y de ellos como exhalación de intenso deseo brota la oración augusta que hace posible el vencimiento de la paciencia sobre el odio, que avergüenza al ultraje, que enseña la ciencia divina de que por grande que sea la llaga causada por la injuria, es mayor la gloria de olvidarla: «*¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!*» Ese es el sello de la vida de Jesucristo. Fustigada su naturaleza sensible hasta la muerte, anegado su pensamiento por el oprobio, despedazada su alma por la columnia, ni se defiende ni se queja, se olvida de su causa y ampara á los que le persiguen. ¿Qué es esto? ¿Hay más inescrutable sabiduría? Dios, venciendo á sí mismo, acallando su justicia con su misericordia, la naturaleza divina robusteciendo la humana para promover en la ofensa la hermosura de perdonarla. ¿Es esto tierra, ó es cielo? ¿Es al hombre, ó es á Dios á quien en el padecimiento se descubre?

Meditenlo la Sinagoga y el Racionalismo.

Por la trama,

El Bachiller CÉSPEDES.

LAS TRES CAÍDAS

Tres potencias ha colocado el divino Hacedor en mi alma para semejanza de su adorable Trinidad: la facultad del recuerdo con que mire siempre como de hoy los beneficios que me dispensaron sus manos; el pensamiento, para que estimando sus obras, empiece á conocerle, y finalmente, la voluntad, para que, coordinando las representaciones de la memoria con las adquisiciones del pensamiento, propenda al goce de unas y otras como medio de acercarme al supremo bien. En lo que cabe, Dios no ha podido darme más: me ha dado cuanto he menester para conocerle, para amarle, para llegar hasta Él.

Pide mi memoria al alma un rasgo de admiración; porque sin títulos de derecho alguno he sido creado, se me conserva, y será glorificado, si yo lo quiero. Pide á mi alma el pensamiento un rasgo de reverencia; porque quien me hizo es más que yo, y me hizo para todo lo grande, para lo más grande, puesto que he sido hecho para el cielo. Pide la voluntad un rasgo de gratitud; que bien claro es para mi alma que en la mano de Dios estuvo relegarme en la nada de que me hizo, no dándome el ser.

(1) A Nicolás.

Al hacer uso de esas tres potencias fuera de mí mismo, en épocas que huyeron, se me presenta Dios acumulando maravillas bajo la pisada del hombre, *todo lo puso debajo de sus plantas*, y el hombre no se ha rendido sino es al ídolo de la vanidad. En la época que pasa, Dios no se ha mudado, porque *Dios no se muda*, y la humanidad, loca unas veces y otras impotente, cambia al ídolo de traje, pero sigue en su adoración. Mañana.... mañana es el día de lo incierto y puede ser el último, el último de espera que oculte á las miradas de la humanidad la catástrofe del mundo.

Dentro de mí mismo, volteado el ayer entre miserias morales y sumido el hoy entre apocamientos, tuércese con violencias que me amargan el destino de mis potencias, y razones hay que me convencen de un grave peligro: de que Dios, cansado de mí y de mis abusos, me prive de esas facultades. Mañana.... mañana sólo puedo esperar la censura eterna que reserva la cólera del cielo contra el siervo infiel de quien Dios se quiere vengar....

Dios habló en la antigüedad y me manda guardar el recuerdo de su palabra, en mi palabra y en mis obras. Dios habla hoy exigiéndome conducta humana con la cual revise que cumple ahora lo que dijo entonces, que su palabra no muere, que la armonía de los hechos con sus predicciones tan temible es para el pecador como hermosa para el justo. Mañana.... mañana hablará Dios, ex-terminios ó premios, glorificaciones ó reatos.

Palabra de verdad me pide la fe, porque la fe me dice que Dios es la verdad infinita y yo debo ser reflejo de ella.

Palabra de aliento me pide la esperanza, porque la esperanza confía en lo que Dios puede, y Dios todo lo puede, y con Dios yo lo puedo todo, todo lo que debo poder.

Palabra de amor me pide la caridad, porque la caridad es la elevación en lo divino y en lo humano, por la caridad reina en la gloria el *Nombre sobre todo nombre*, y se *extinguen en la tierra los delitos*.

Tres virtudes me pide Dios recordando su palabra, presenciando lo que prometió con ella, participando de sus frutos. Debo creer, esperar, amar, y el objetivo de esas virtudes, el objetivo capital debe ser Dios.

¡Pobre memoria! Un mundo de provocaciones fascinadoras arrastra el alma, y el alma agitada por la especiosidad brillante del segundo, que se repite agigantando el atractivo, pierde á veces la noción del tiempo que vendrá, cuanto más la del que dejó de ser.

¡Pobre entendimiento! Frente á él se yergue la figura engañadora de la astucia de los siglos, la seducción le obscurece, la mafia diabólica aboga contra él por los *derechos de las pasiones*, y con delicados sofismas de reputación, de capacidad, de bienestar, de futuras glorias, se hace accesible á los asaltos de la mentira que le envilece, á la tolerancia que le deshonra.

¡Pobre voluntad! Lucha con las renuencias carnales; las propensiones vivas al placer adornado de hinojos y de flores la asedian, la pereza la cerca, el trabajo la contiene, la privación la irrita, el obstáculo la enflaquece, suele ver montes en los granos de arena del desprendimiento propio, y siente aversión á las abnegaciones y á los sacrificios.

El mundo, el demonio, la carne, ¿han sido vencidos por mí, ó fui por ellos vencido? La memoria, el entendimiento, la voluntad, ¿triunfaron ó son despojo? ¿Vive mi fe por la caridad y espero, ó todo está en mi perdido?

En la senda del Calvario hay una cruz tendida, de quince pies de larga y de ocho en sus brazos. Es de leño verde y grueso, cuya procedencia se asegura que es de uno de los robustos ramales del árbol del Paraíso. Misteriosa coincidencia sería que del árbol de que pendió la fruta de las debilidades de Adán y Eva, pendiera luego la redención de los prevaricadores.

Sobre esa cruz gime un hombre, cuya personalidad sería imposible identificar por su rostro desfigurado; el sudor le afea, el cansancio desencaja sus facciones, la sangre que corre de su frente le da aspecto sombrío. Gime aterrado, exánime, y nadie le compadece. Se le insulta, se le castiga, se le maltrata horriblemente instándole á que se levante y tome la cruz de nuevo, pero le faltan las fuerzas y golpea con sus labios el madero cuantas veces intenta incorporarse. Laxados los nervios por el rigor del quebranto, era la tercera vez que caía en el camino sobre la piedra ingrata, recibiendo el enorme peso del leño sobre su cuerpo, lastimado fieramente con anteriores suplicios. Ni su mirada dolorosa conmueve á los que le cercan, ni su estado de indefensión les amansa; cuanto mayor es su angustia más le hieren; su mansedumbre atiza el ardor de la saña; y la envenenada perversidad de los verdugos, que no ha conseguido oír una palabra de queja de la víctima, para disfrutar el sanguinario placer de burlarla, acecha los suspiros y las exhalaciones irremediables del

dolor para cebarse en el tormento. La misma voluntad que observan en el afligido, viéndole entregarse sin resistencias al sufrimiento, los enciende, quisieran habérselas con un reo vulgar, con un malhechor que blasfemara de su suerte y justificara la sentencia á que se le sometía; y como ellos eran los que la habían pedido y arrancado con el tumulto y la amenaza á un juez cobarde, recrudescen su furia cada vez que, ensayada una clase de tortura, no logran debilitar la fortaleza moral del sentenciado. El temor de aparecer más culpables que el culpado, los ciega; su exasperación es como de delirio vengativo que se imagina; multiplicados y repuestos los objetos del odio cuanto más los acomete y despedaza, y retorciéndose en su ira, sienten la necesidad de aniquilar á la víctima cuya moderación les argüía de injustos. La rabia de la desesperación por el crimen propio se desata en la persona que recrimina: por eso el hombre apacible que gime sobre la cruz, más que como reo, es perseguido como fiera; no es la sentencia lo que le castiga, es el encono de la afrenta en que por pedir la sentencia irrumpen los ejecutores.

**

Se busca el Código penal aplicado á Cristo por Pilato, y como Cristo es Dios, no puede haber contra él más Codigos que el divino, el Código que le hizo poner por propia voluntad su alma para el sacrificio. Leed en el libro de la Conciencia el tratado de las preparaciones, y allí encontraréis quién ha sentenciado al Nazareno á recorrer el camino del Calvario y la historia de sus tres caídas.

Tres son las épocas pecadoras sedientas de redención, y la redención de las épocas humanas caídas no pudo hacerse sin la efusión de sangre.

Tres son las potencias de la generación racional, y con las tres potencias hemos pecado.

Tres son los enemigos de la humanidad, y los tres enemigos nos vencieron.

Tres son las prendas con que Dios nos había de distinguir; tres las virtudes, y sin ellas nos encontramos.

Tres son las personas de la Trinidad, y las tres cooperaron á la restauración del alma, de las virtudes, de las potencias, de las edades, contra los halagos del mundo, contra los lazos del demonio, contra las sugestiones de la carne; y ese es el Código por el que murió Cristo sobre el Gólgota, después de haber llevado á cuestas la cruz de nuestras maldades, que le hicieron caer tres veces.

S. STAEL.

¡PERDÓN!....

Ha llegado el tiempo del perdón. La Iglesia nuestra Madre conmemora la obra más portentosa que conocieron los siglos, y todo buen católico da de mano á los ordinarios asuntos de la vida para meditar en esa obra.

Dios inmenso, infinito en poder, sabiduría y virtud; Ser que lo crea y lo conserva y lo llena todo; Ser que siendo la misma vida se hace mortal.... ese Dios, cuya gloria es infinitamente superior á cuanto pueda concebir la inteligencia humana, sufre tormentos hasta un grado inconcebible, y anonadado y tratado como criminal, muere en un patíbulo, muere en una cruz confundido entre dos ladrones. Y la nota más sobresaliente del portentoso, nota esencialmente divina que entraña una inmensidad de amor, es el perdón de sus enemigos.

Padre mio, perdónalos, que no saben lo que hacen.

Y en efecto; el infinito amor del Hombre-Dios, que muere clavado en una cruz rogando por los que le crucifican, trasmite á su Santa Iglesia tan inmenso caudal de caridad, y hace más de diecinueve siglos que la Iglesia, el Viernes Santo, la ejerce con amor, orando por los pérfidos judíos.

Y que nuestro Señor Jesucristo es real y verdaderamente Dios, nadie lo ha podido negar, á no ser un ignorante ó un loco; porque sólo El hizo milagros en su propio nombre, sin invocar otro poder que su propia voluntad:

«Yo lo quiero, estás curado.» «Lázaro, sal de la tumba.» «Joven, levántate, yo lo ordeno.» Así habla.

Los Santos, los Profetas, han hecho milagros, y grandes milagros, pero siempre ha sido en el nombre del Señor su Dios.

«En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo,—dijo San Pedro al tullido que curó al entrar en el Templo—levántate y anda.»

Los Apóstoles, los Mártires y todos los Santos, desde el principio del cristianismo hasta nuestros días, no han verificado, ni han podido verificar milagros, sino en nombre de Jesucristo y en virtud de una facultad que no les pertenecía.

Caifás y los fariseos, enemigos encarnizados del Salvador, han dejado un testimonio histórico:

«Este hombre hace milagros y no podemos negarlo.»

Y el gran milagro que pone, digámoslo así, el sello de la divinidad en Nuestro Señor, es su propia resurrección, como lo había profetizado.

Por eso confunde y anonada la contemplación de su Pasión Santa. Esta es un conjunto indudable y minucioso de dolores, de todo género de amarguras, tinieblas, angustias, tristezas, humillaciones, oprobios y ultrajes sin nombre, de sufrimientos corporales y anonadamientos, que son, con la muerte, el justo castigo de nuestros pecados al mismo tiempo que su expiación sobrehumana.

Triste está mi alma hasta la muerte, dice en el Huerto de las Olivas, vuelto á los discípulos con tristísimo semblante. Y es que ve todo cuanto había de padecer y se siente morir de angustia bañado en un copioso sudor de sangre.

El beso traidor de Judas, los golpes, los insultos y las ignominiosas ligaduras, desde Getsemani hasta los Palacios de Anás y Caifás; la bofetada del criado del sumo Sacerdote; las acusaciones calumniosas, las imprecaciones y las blasfemias de Caifás y demás jueces miserables convertidos en verdugos; las negaciones de San Pedro; las burlas sacrilegas y brutales en la prisión, durante aquella noche memorable del Jueves al Viernes Santo; la condenación, cuando Jesús confirmó que era Cristo Hijo de Dios vivo; los desprecios é ironías de Herodes, con el manto de

Tristeza inconsolable sufrió de ver á sus redimidos presos en las redes masónicas para nutrir el infierno; tristeza de ver á una muchedumbre de sus escogidos queriendo aliar la luz con las tinieblas, estableciendo en las leyes los mismos derechos para Luzbel que para el Redentor del mundo; tristeza de la persecución hipócrita y descarada con que la estultez de los engañados quisiera destruir la Iglesia Santa, y tristeza de ver cómo después de diecinueve siglos de experiencia saludable, pugna una gran parte de la sociedad por retroceder al paganismo.

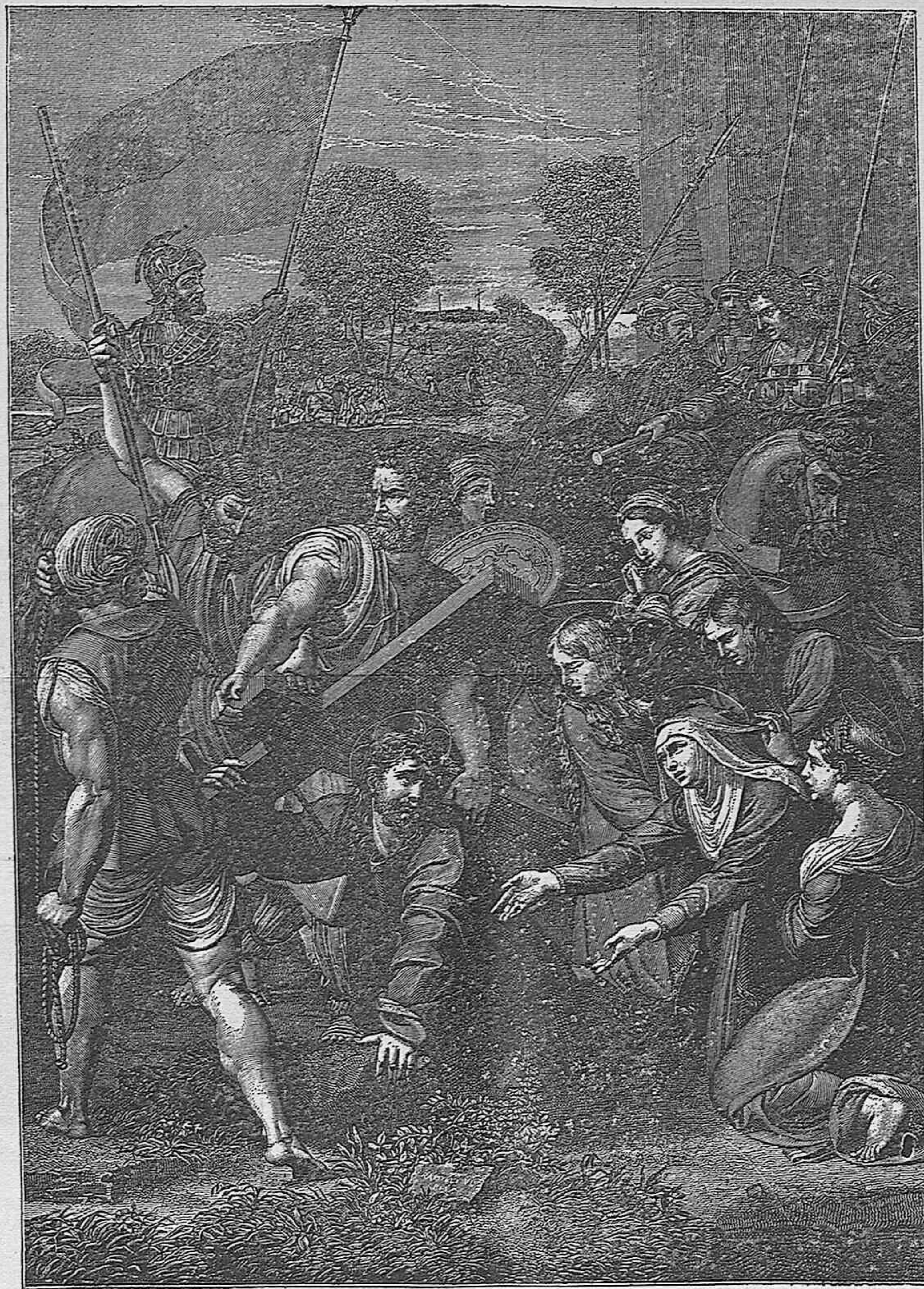
¡Dios y Señor mio! A todos alcanzó tu amor sin límites, y en tu nombre tiene abiertos sus brazos la Iglesia para recibir y perdonar á cuantos arrepentidos de sus yerros se confiesen.

Vuelve, Señor, la paz á nuestros corazones. Un rayito de luz para los engañados y perdónalos, especialmente á quien, llamándome su querido amigo, me vende por menos de treinta dineros.

Yo de corazón le perdono y te ruego, Dios mio, que me perdones.

¡Perdón, Señor, para todos!

Pedro del Sol.



PASMO DE SICILIA

loco y el cetro de caña; la flagelación sangrienta y cruel ordenada por Pilatos; la horrorosa corona de espinas; el manto viejo de grana y el *Ecce Homo*; el crucifijo del pueblo judío; la última cobardía de Pilatos entregándole á los fariseos; el doloroso y penosísimo camino llevando la cruz y sus caídas hasta el monte Calvario; su crucifixión y sus tres horas de agonía delante de su bendita y afligidísima Madre.... todo, todo lo tenía presente, absolutamente todo, y por eso repetía:

Triste está mi alma....

Y todo se cumplió como lo sintió y vió. Y cuando todo lo había sacrificado y sólo le faltaba dar el último aliento por la salud del hombre, tuvo compasión de sus perseguidores y exclamó:

Padre mio, perdónalos, que no saben lo que hacen.

Pero también fué motivo de su tristeza y angustia mortal el desprecio que las generaciones futuras habían de hacer de su pasión dolorosa; y de la misma manera que vió los instrumentos de su pasión y la ceguera de sus verdugos, vió la ingratitud, el crimen y la ceguera de los hombres de nuestros tiempos.

EL HUERTO DE GETSEMANÍ

I

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lúgubres resplandores, parecía en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteón, donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda algunas estrellas cuya vibrante luz se eclipsaba de vez en cuando con el brillo del astro nocturno; la ciudad de David, sus baluartes, sus encumbradas torres, sus alcázares, su templo, presentábanse confundidos en tenebroso grupo, cual fúnebres espectros que en las sombras desplegaran sus miembros de gigante. Los metales, heridos por los rayos de la luna, relumbraban tal vez con algún reflejo, como feble llamarada que se exhala de la lobreguez de las tumbas, ó siniestro fulgor de acero blandido en las tinieblas. Las aguas del Cedrón murmuraban sordamente, y los ecos del valle respondían al ruido: hubiérase dicho que los reyes enterrados allí despedían algún lamento desde la hondura de los sepulcros.

II

Con ala medrosa, leve airecillo osa sacudir apenas las ramas de los árboles; divisanse tres hombres en un grupo, que medio tendidos en el suelo, manifiestan dificultad de mantenerse velando. ¿Qué hacen allí? ¿Son viajeros extraviados á quienes sorprendiera la noche en medio de su camino? ¿Abriegan quizás malvada intención, acechando el momento oportuno de satisfacer una venganza, ó de acometer al desprevenido viandante?.... Más allá, no muy lejos, cuanto alcanza el breve trecho de una piedra arrojada, descúbrese una sombra inmóvil.... Acercáos; veréisle en humilde compostura, incado de rodillas, orando con fervorosa plegaria; pintado en su semblante el raudal de tristeza y de dolor que inunda su angustiado pecho: su alma está triste hasta la muerte. Tiene á su vista el Cáliz do rebosa la terrible justicia de un Dios indignado: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Levanta al cielo sus ojos, y dirigiéndose al padre celestial, con inefable ternura le dice: «Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya»; así dijo, y sumido otra vez en el silencio de la meditación, apuraba ya en espíritu las acervas heces del cáliz más terrible.

III

Entre tanto no olvida su amor á sus predilectos discípulos: se levanta, se les acerca, y reconviéndolos con dulce cariño, les exhorta á que velen con él siquiera un momento: «¿Una sola hora no pudisteis vigilar conmigo?» Indulgente, se aparta el mansísimo cordero, los deja que disfruten de reposo, mientras él, para salvarnos, tiene despedazado el corazón. Enderézase de nuevo al punto escogido, y comenzando otra vez la sentida plegaria, invoca á su padre celestial para que aparte, si es posible, el formidable cáliz. Y otra vez se les acerca, y los encuentra también dormidos; y dejándolos, torna de nuevo á orar, para que pase de él, si es posible, el amargo cáliz; pero de tal manera, que no se haga su voluntad, sino la de su Eterno Padre.

IV

¿Qué pensares tan dolorosos ocupan su mente! ¿Qué agobio tan angustioso oprime su pecho! ¿Qué congojas de mortal agonía despedazan su alma, pues copioso sudor de sangre baña el sacro rostro y corre en arroyo hasta el suelo! ¡Ay! que está viendo del Gólgota la horrorosa cumbre, y la afrentosa muerte del madero, y la burla del soldado, y el escarnio y feroz insulto del despiadado fariseo! ¡Ay dolor! y está viendo también las angustias de una madre amorosa, que sin alivio, sin consuelo, sin amparo, andará confundida entre las oleadas del numeroso pueblo, oyendo los furiosos alaridos de una plebe sedienta de sangre! De una madre que está oyendo el ruido de las armas y el sonar de las trompetas y sufriendo el brutal empujón del satélite que, con desprecio y altivez, le veda acercarse al ajusticiado! Marcha á morir, á padecer el último tormento; pero conserva apenas la figura de hombre; no tiene parte sana, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Le desnudan, dislocan sus huesos de manera que pudieran contar; echan la suerte sobre sus vestidos, le retan á que descienda de la cruz y se salve.

V

Pero ¡ah! que no son únicamente los dolores que va á sufrir su cuerpo lo que llena hasta rebosar el terrible cáliz de amargura. El porvenir preñado de infaustos sucesos, negro como nube tempestuosa, prometiendo todavía triunfos al infierno, merced á la ceguera y perversidad del hombre, se despliega con toda claridad á los ojos de Jesús; y la luz divina que penetra hasta lo más hondo de aquella oscuridad, sirve á presentar en toda su viveza la ingratitud y los crímenes que desperdiciarán para tantos y tantos el infinito precio del rescate pagado con la sangre de un Dios.

VI

¿Veis cuál destrozan la túnica inconsútil las sacrilegas manos de un soberbio, que con vano cavilar atenta contra el cielo, blasfemandó de «aquella generación que la lengua del mortal no puede narrar», de aquel Verbo que era ya en un principio, y estaba ante Dios, y era Dios, por quien se han hecho todas las cosas? ¿No veis como en la astuta maraña se encuentra enredado el mundo entero, y asombrado del error en que ha caído se apesara y gime? ¿No veis cómo beben el mortífero veneno numerosos pueblos llamados á la luz de la verdad, preparando larga serie de desastres á la Esposa del Cordero? De entre los escombros de escuelas pulverizadas renacen como pestíferos insectos los febriles delirios que en su fiera altivez apellidara el hombre prodigios de concepción vasta y elevada: el hijo de Dios padece y muere para iluminar y salvar el mundo; y la vanidad, y el orgullo, y la ambición se conjuran para hacer inútiles tanta dignación y misericordia....

VII

Allá en la ilustre Bizancia, inmortalizada por Constantino, está mirando al hombre de perdición que vano de su saber ostenta los

dones que le otorgara el cielo. En la cátedra de almo templo, revestido con pomposa magnificencia, enarbola el estandarte del cisma, arrastrando gran tropel de pueblos que, extraviados por la señal pérfida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la Cátedra de la Ciudad eterna. ¡Oh! quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaría el corazón del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el transcurso de varios siglos! ¡Quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto error é insensatez, tanta ilusión y seducción, tantos medios, tantos afanes y fatigas para perder millones de almas! ¡Quién considerara la vanidad, la disipación, la corrupción, el fraude, la violencia, la injusticia, los odios, las venganzas reinantes todavía entre los cristianos, ellos que se glorian de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

VIII

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires; del Occidente desvía tus ojos; no contemples cuál rompen con desprecio tus leyes más sagradas, cuál despedazan de tu Esposa el seno, cuál ¡ingratos! olvidan hasta el ternísimo recuerdo de amor que á los humanos dejaste en la vispera de tus tormentos y de tu muerte. No contemples cuál dispersan tu rebaño lobos rapaces; cuál en nombre tuyo siembran entre hermanos discordia horrible; cuál á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando días de luto y llanto.

IX

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? no: que el amoroso ruego que elevaste al Padre Celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana del celeste mensajero. Debilísimos reflejos despide la visión maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la misión tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando incada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios: ya le habla; ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente lejos.... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo.....

Jaime Balmes.

A la muerte de Jesús.

¿Y eres tú, el que velando la excelsa majestad en pube ardiente, fulminaste en Sina? Y el impío bando que eleva contra tí la osada frente, ¿es el que oyó medroso de tu rayo el estruendo fragoroso?

Más ahora abandonado ¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo alzas gimiendo el rostro lastimado; cubre tus bellos ojos mortal velo, y su luz extinguida, en amargo supiro das la vida.

Así el amor lo ordena, amor más poderoso que la muerte: por él, de la maldad sufre la pena, el Dios de las virtudes; y, león fuerte, se ofrece al golpe fiero bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa, ante siglos de siglos degollada! Aún no ahuyentó la noche pavorosa por vez primera el alba nacarada, y hostia del amor tierno moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡Quién podrá mirarte oh paz, oh gloria del culpado mundo! ¿Qué pecho empedernido no se parte al golpe acerbo del dolor profundo, viendo que en la delicia del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales de esas sangrientas llagas, amor mío? ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales do horror y palidez? ¿Cuál brazo impío á tu frente divina ciñó corona de punzante espina?

¡Cesad, cesad, crueles! ¡Al Santo perdonad, muera el malvado! Si sois de un justo Dios ministros fieles, caiga la dura pena en el culpado.

Si la impiedad os guía y en la sangre os cebáis, verted la mía. Mas ¡ay! que eres tú solo la víctima de paz, que el hombre espera. Si del Oriente al escondido polo un mar de sangre criminal corriera ante Dios irritado, no expiación, fuera pena del pecado.

Que no cuando del cielo su cólera en diluvios descendía, y á la maldad que dominaba el suelo y á las malvadas gentes envolvía, de la diestra potente de puso Sabaotth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre de los montes el agua vengadora: El sol, amortecida la alba lumbré que el firmamento rápida colora, por la esfera sombría cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado de su semblante recorrió el Eterno. Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado, domador de la muerte y del averno tu cólera infinita extinguir en su sangre solicitaba.

¿Oyes? ¿Oyes cuál clama, «¡Padre de amor, por qué me abandonaste!» Señor, extingue la funesta llama que en tu furor al mundo derramaste:

De la acerba venganza que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga el rayo entre las manos del Potente? Ya de la muerte la tipiebla vaga por el semblante de Jesús doliente, y su triste gemido oye el Dios de las iras complacido.

¡Ven, ángel de la muerte! Esgrime, esgrime la fulmínea espada; y el último suspiro del Dios fuerte, que la humana maldad deja expiada, suba al solio sagrado, do vuelva en padre tierno al indignado.

¡Rasga tu seno, oh tierra! ¡Rompe, oh templo, tu velo!... Moribundo yace el Criador; mas la maldad le aterra, y un grito de dolor lanza profundo: ¡Muere!... ¡Gemid, humanos!...

Todos en *El pusisteis vuestras manos.*

Alberto Lista.

Nota. Así aprendimos nosotros, siendo niños, esta admirable y conmovedora elegía. La hemos visto luego impresa con algunas variantes que, á nuestro entender, la roban propiedad y viveza. Por ejemplo: el desenlace que es soberanamente hermoso por la rapidez fulgurante del apóstrofe y por el nervio de inmenso valor teológico con que le razona de modo incontrastable, aparece desmayado, menos lógico, algo oscuro en el impreso que hemos visto, el cual dice: «mas la maldad.... aterra, y un grito de furor lanza el profundo.» No se ve el avance de la muerte, ni el rigor histórico de su última fase venciendo y siendo vencida; y el grito majestuoso de Jesús, que fenece aterrando con su voz poderosa, con voz de trueno formidable á los que le creían hombre desfallecido, apenas si tiene razón de ser aplicado *al profundo*, que aunque sea el averno y se entienda por qué había de *enfurecerse* en el triunfo de Jesucristo; sin embargo, este triunfo, hasta la resurrección, quedaba envuelto en las tinieblas aparentes de la crucifixión afrentosa y no debió convencer al infierno hasta la remoción de la piedra del sepulcro. Además que la causa motiva del grito del furor realmente lo hubiera sido de alegría para el averno; esa causa es *la maldad—que—aterra*, y ya sabemos que las maldades serían la alegría del abismo, si en él pudiera haberlas. Es indudable: Moribundo el Criador, aterrado por el tormento que le causaban en el alma las maldades, después de confirmar con su voz potente y amenazadora que dependía de su voluntad librarse de la muerte, se deja vencer de ella consumando el sacrificio del amor que redimía al género humano. Descuidada esta prueba sensible, única, puede decirse, que en la Cruz se manifestó á todos de la virtud sobrenatural de la víctima de los siglos, ¿qué razón tendría el llamamiento general á la compasión y á la enmienda del mundo que el poeta encierra en sus últimos metros, relampagueando en ellos la cólera divina y el fuego que la enciende? Si *todos en El pusimos nuestras manos*, todos somos culpables de su muerte, todos debemos gemir, porque todos acumulamos sobre su cuerpo y sobre su alma la aterradora maldad, el pecado cuya redención le hacía oblación voluntaria, costosa, sangrienta.—RETZ.

LA PASIÓN Y LA POLÍTICA

Entre los diferentes personajes que figuran en el drama de la Pasión, hay uno que representa un papel en extremo singular y característico, personaje que, sin presentarse como enemigo radical y declarado de Jesús, antes tomando á veces su defensa y queriendo librarle siempre, le condenó no obstante y prolongó su Pasión con inauditos tormentos; personaje que, si no fué el más culpable de todos según la frase del Salvador: «por esto el que me entregó á tí tiene mayor pecado», fué el que más le hizo padecer; Pilatos, digámoslo de una vez.

Tiene éste drama una escena culminante en que se prepara la catástrofe y en que resaltan maravillosamente el divino personaje de la acción y el inicuo juez que lo condena. Es la escena del

ECCE-HOMO

¡Ecce homo!.... ¡Ahí tenéis al Hombre!.... Se ha llamado Rey; y en efecto, sobre su frente brilla una corona, pero de espinas; cubre sus espaldas púrpura real, mas solamente un jirón irrisorio; su mano empuña un cetro, pero de caña; los soldados le saludan como á Rey, pero acaban de azotarlo como al más vil esclavo.

¡Ecce homo!.... ¡Ahí tenéis al Hombre!.... Se ha llamado Hijo de Dios; y efectivamente, los soldados doblan ante El la rodilla, mas al mismo tiempo abofetean y escupen su rostro divino.

¡Ecce homo!.... ¡Ahí tenéis al Hombre!.... ¡Ah! si, es necesario decirlo; pues al verlo se le tomaría más bien por un monstruo.

Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza no se descubre en El parte sana.

¿Quién lo ha puesto en tal estado? ¿Judas? Sí; después de Satanás es la primera causa de cuantos ultrajes, y dolores sufre Jesús. Judas, sin embargo, se limitó á entregarlo; no pasa de ahí su crimen.

¿Quién lo ha puesto en ese estado? ¿Caifás? Caifás y su consejo han querido que Jesús muera en una cruz, pero no pensaron ni en la flagelación ni en la coronación de espinas; esas diversiones crueles, retardando el suplicio de la cruz, podían excitar en el pueblo cierta compasión muy temible para ellos.

¿Quién, pues, lo ha puesto así? ¿El populacho? Ciertamente; no hay bestia tan feroz como el populacho hostigado por sus corifeos; pero el populacho asesina, despedaza sus víctimas; la idea de prolongar el suplicio con refinamientos de crueldad no cabe en la inteligencia de una muchedumbre furiosa, arrebatada por la pasión.

¿Quién lo ha puesto así? ¿Los soldados? Los soldados no eran más que miserios instrumentos.

¿Quién, pues, lo ha puesto á Jesucristo en situación tan atroz y tan humillante? Recordad el *Credo*; en él se cuenta toda la historia de la Pasión en solas dos palabras, padeció y fué crucificado; á estas dos palabras se añade un nombre propio.... ¿Qué nombre es ese? ¿Judas? ¿Caifás? ¿Herodes? ¿Pueblo judío? No. *Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos*; nada más se dice, pero esto basta. El responsable es Poncio Pilatos.

¿Y quién es Pilatos? Es el representante del imperio romano en Jerusalén, el gobernador de la Judea reducida á provincia romana.

Es hombre ilustrado, benévolo, prudente, lo que hoy llamaríamos un *hombre de bien*. Ha reconocido la inocencia de Jesús, la malicia y el odio de los Sacerdotes y príncipes del pueblo. Tiene á sus órdenes fuerza

ría salvar á Jesús, podía salvarlo.... pero Pilatos era.... un político.

¿Y qué es la política? «El arte de gobernar», es decir: De dirigir la nave y conducirla al puerto seguro de la justicia y el bien, fin supremo de los pueblos como de los individuos, á pesar de las olas, vientos y tempestades.

Pero si el verdadero político se consagra á llevar á los hombres hacia el bien y se sacrifica para ello, se encuentran, en cambio, otros falsos políticos que lo sacrifican todo y sacrifican á todos á su propio bien, á su interés personal.

Estos políticos, lejos de reconocer en Dios el primer principio, el último fin y el bien supremo del hombre, se consideran á sí mismos como principio, término y centro de todo. La política de estos egoístas puede definirse: «El arte de conseguir sus fines particulares, sus intereses personales por todos los medios posibles».

Pilatos fué un político. Quería una cosa y la quería de veras; conservar su puesto y asegurar su ascenso y prosperidad. Presentante un personaje importante, sabio, justo, poderoso en palabras y obras, sumamente popular. Al punto conoce que el único crimen de este hombre extraordinario es su virtud, su prudencia y, principalmente, su popularidad; que la causa no tiene otro fundamento que el odio y la envidia de los Sacerdotes, escribas y príncipes del pueblo, que ven amenazadas y en peligro su autoridad é importancia.

Pilatos declara no hallar en este Justo causa alguna para condenarlo. El prudente Pilatos, el *hombre de bien*, lo ha conocido perfectamente.

Pero los acusadores son poderosos, pueden indisponer á Pilatos con el César.... y la política le prohíbe disgustar á los enemigos de Jesús.

Por otra parte, ese reo tan prudente y justo, ese hombre tan extraordinario y popular, cuyos milagros ya conocía, se impone á Pilatos como se impone siempre la inocencia, la virtud y la justicia, y Pilatos juzga imprudente, no quiere, indisponerse con El; esto sería exponerse á la censura de los buenos, á la indignación del pueblo, á perder la gracia de ese mismo reo justo, de ese hombre extraordinario, misterioso, cuya amistad le importa conservar; su reino podía no ser puramente ideal.

Pilatos, como hábil y astuto, procura conducir su nave por entre los escollos que la rodean. Se empeña en salvar el derecho y la justicia, pero sin irritar á la injusticia, al odio, á la envidia.... Y en efecto, para quedar bien con todos, por agradar á todos busca transacciones, y como éstas son incompatibles entre la justicia y la injusticia, cede á la injusticia y al odio y á la envidia que le



suficiente para dominar á la muchedumbre. Esta muchedumbre podía cambiarse en favor de Jesús fácilmente y volverse contra los Sacerdotes, contra los príncipes. Pilatos que

amenazan con la pérdida de su cargo y con la enemistad del César, y manda azotar, coronar de espinas y crucificar al Justo.

(La Lectura Popular.)

Ecce-Político.

El Valle y el Torrente.

Pocas montañas tan célebres en los fastos del género humano, como la montaña de Sión, y pocos monumentos más visitados por los viajeros que el Santo Cenáculo. Como que esta montaña de Sión, de aspecto sombrío y de estéril superficie, desde cuya cumbre se divisa el valle de Ben-Himón, y más allá el campo de la sangre comprada con los treinta dineros por los que vendió Judas a Cristo, y el monte del Mal Consejo, y los desiertos de Hebrón y Belén, sostuvo en su cima el palacio de David, desde cuya torre vió á la mujer que encendió en su corazón un amor culpable. Como que el Santo Cenáculo donde celebró Jesús la última Pascua; donde se había guardado por tres meses el Arca de la Alianza; donde apareció después de la Resurrección á sus discípulos y bajó el Espíritu Santo, y se realizaron tantos misterios, fué celebrado, y lo será, hasta la consumación de los siglos, por haberse en él reunido el primer Concilio de la Iglesia, donde fué consagrado Santiago Obispo de Jerusalem y por haber sido el punto desde donde partieron los Apóstoles á difundir la luz de la nueva idea por la redondez de la tierra.

Era la memorable noche del día 13 del mes de Nisan, correspondiente al jueves 3 de Abril, probablemente del año 33 de Jesucristo. Terminada la cena Pascual, y recitado el himno de acción de gracias, el Salvador, dirigiéndose á sus discípulos, les dice: «Levantáos y salgamos de aquí». La hora debía ser avanzada, porque al salir Judas de aquel santo lugar después de su comunión sacrilega, estaba ya tendida la noche. «*Erat autem nox*, y Jesús, terminada la cena, en ternísimo discurso había recordado á sus discípulos las promesas hechas, consolándolos con la paz que les dejaba y animándoles á pedir á su Eterno Padre lo que necesitasen, «porque los amaba el Padre».

Las estrellas brillantísimas, irradiaban sus fulgares en una atmósfera templada y serena. Aquel grupo de hombres embebecidos con las palabras del Maestro, no se dió cuenta de que había salido de la ciudad por la parte oriental, y entraban en el valle á quien dió el nombre un Rey piadosísimo. Desde este valle señalado por el profeta Joel como el centro donde se reunirá el género humano en la resurrección de toda la carne, situado entre los montes de Olivete y Mória, donde Josafat hizo construir suntuoso sepulcro para que sus restos fueran depositados en él después de su muerte, sin haberlo conseguido, á donde desean ir en las postrimerias de la vida muchos de los judíos extendidos por el ámbito del mundo, comprando, si pueden, á precio de oro, un puñado de tierra para cubrir sus despojos en el campo de sus antepasados; desde este valle, decimos, tal vez descubrió Jesús en las vertientes de aquellos montes algún viñedo y tomó ocasión para decirles: «Yo soy la verdadera vid y mi padre es el labrador;... como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviéreis en mí. Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos; el que está en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin mí, no podéis hacer nada», y caminando muy despacio, como el amigo que, próxima la hora de partida, siente separarse de sus amigos y los consuela en su tristeza y los anima con la esperanza, añade: «Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea cumplido.... Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí».

El sarmiento separado de la vid, no puede dar fruto; sin mí no podéis hacer nada. ¡Qué lecciones! ¿Cómo las ha recibido la humanidad á quien en la persona de los discípulos iban dirigidas? Y sea lo que quiera del pueblo errante marcado con el signo de la reprobación; sea lo que quiera de los apóstatas que, bañados en su bautismo, desertaron de sus filas; sea lo que quiera de los que aún no ha cruzado su cerebro la luz de la fe y no conocen sus salvadoras enseñanzas, ¿cómo las recibimos nosotros, y sobre todo, cómo las practicamos?

Cruzaba Jesús el valle de Josafat, muy despacio, aleccionando á sus discípulos para lo porvenir, sin acordarse de la hora de la

agonía que estaba próxima, y latiendo su corazón al fuego del amor vivísimo que le consume, conocedor de nuestra frágil naturaleza, de nuestra propensión al mal, de nuestra tendencia á rehuir el dolor que es la condición de la vida, de la lucha que es la premisa de la victoria y el premio, les previene y nos previene proféticamente, y todos los días la predicación se cumple, «que vendría la hora en que cualquiera que nos mate pensará que hace un servicio á Dios», y que las persecuciones sucederán después de su partida.

Y han venido las persecuciones, y como estaba anunciado en aquella célebre noche y en aquel célebre valle, gemimos y lloramos mientras el mundo goza; pero confiamos en su palabra de que algún día se convertirá en confusión su gozo y nuestra tristeza en santo regocijo; creemos que no está lejano el día en que, por haber El vencido al mundo, reine la paz en nuestros corazones después de un glorioso triunfo.

Y cruzaba Jesús el valle de Josafat, muy despacio, conversando con sus discípulos, porque este valle cubierto de pavorosas tumbas, entre las que se alzaban majestuosos cedros por Salomón plantados, produciendo con sus acompasados balanceos rumores que se-

el juicio terrible á que someterá á sus perseguidores; el orden, la paz y la hermosura que tendrá la Jerusalem libertada, y el consuelo y la fuerza y la satisfacción que mandará á sus escogidos, congregados para este juicio en ese mismo valle, el último día de los tiempos: «Juntaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas en favor de Israel mi pueblo».

Caminando despacio y conversando tranquilamente con sus discípulos, llegó á las orillas del Cedrón. Este torrente, á veces intrasitable por sus aguas abundantes é impetuosas, en ocasiones estaba casi cegado y obscurecido con las cenizas arrojadas á su corriente. Judíos degenerados habían levantado altares á Moloc y Belfegor cometiendo idolatría. Y la demencia de aquellos idólatras había llegado á tal exceso, que los padres acudían en tropel al valle de Josafat á sacrificar en honor de aquellos ídolos infames sus pequeños hijos, quemándolos vivos. Y para no enternecerse con los gritos de las inocentes víctimas, tenían cuidado de ahogar sus voces durante este bárbaro sacrificio, con la algazara y ruido de las sonatas de instrumentos estrepitosos. Después arrojaban las cenizas al torrente que, ennegrecido por



mejaban ayes de angustia y quejumbrosos suspiros, era el universal y perpetuo cementerio, no del pueblo escogido, sino de la humanidad entera, y El, Señor de la vida y de la muerte, lo cruzaba tranquilo como el que, no estando sujeto á ella, la acepta porque quiere; cruzaba este valle, en otro tiempo empapado en las lágrimas del profeta Jeremías, henchido el aire con los ecos de sus lamentaciones, y con los cánticos de amargura del Real Profeta que lo atravesó á pie y descalzo, descubierta la cabeza, vendido por Achitofel, como lo era El por Judas, perseguido por su hijo Absalón como El por su pueblo predilecto, porque este valle conducía directamente al huerto del dolor, al Getsemani de la agonía, á la compensación por el sufrimiento, por el sudor de su sangre de la ruina del género humano causada por la prevaricación de los primeros culpables en el huerto de las delicias, en el terrenal paraíso; cruzaba este valle obscurecido por la sombra de Jerusalem ingrata, esclava de un pueblo extranjero, afeada con los vicios de sus soberbios y rencorosos hijos, que le habían juzgado á El, la Santidad misma, como poseído del demonio, como perturbador del orden público, como enemigo de Dios y del César, para significar

ellas, recibió el nombre de Cedrón, que quiere decir oscuro. Daniel había dicho lleno de espíritu profético que, «en el camino, el Salvador del mundo, bebería del torrente y elevaría después gloriosamente su cabeza».

Este paso del torrente Cedrón tiene una significación importantísima. Un día César, al frente de numeroso y aguerrido ejército, llegó á un riachuelo que señalaba los confines del imperio romano y declaraba enemigo de la república al que lo atravesase con armas. Y César, que ambicionaba el mando de aquella república, después de un rato de deliberación, se determina á despreciar el decreto del Senado, y pasó el riachuelo. Pero César era un hombre. El paso del Rubicón le dió el triunfo sobre su enemigo, quedando al fin dueño del imperio. Y como César era un hombre, llenó su tiempo, y ese paso no ha tenido más trascendencia que el haber sido recogido en la historia y citarse como un hecho de audacia llevado á cabo por un hombre de genio.

Jesucristo es el Hombre-Dios. El paso del torrente Cedrón es el tránsito de la ley antigua á la ley de gracia. Ese arroyo señaló el límite de dos mundos, y al atravesarle Jesús cerró el cielo de toda la historia del género humano en un espacio de 4.000 años, y abrió

el de la historia de la humanidad para otro cielo que no acabará hasta el fin de los tiempos.

Y Jesucristo vive y reina y recibe las adoraciones del hombre, y ha encendido una luz que ilumina el espíritu y no puede apagar ningún huracán aunque sea levantado por los poderes infernales. El paso del Cedrón señala el triunfo sobre su enemigo Satanás, y reconocimiento de su soberanía universal sobre todos los soberanos. No le hicieron falta ejércitos, y no los tuvo; no necesitó aliados, y no los compró con el oro; le bastaba la fuerza de su doctrina, y despreció la espada; pero necesitó darnos el ejemplo de sus tristezas, de sus amarguras, de sus dolores y la promesa de la victoria para alentarnos en los combates de la vida, y por eso pasó por el valle de Josafat y cruzó el torrente Cedrón. ¡Ojalá que por el recuerdo que consagramos á sus desventuras, nos sea propicio y nos coloque á su diestra cuando venga en majestad y gloria á juzgar al mundo sobre el valle y el torrente!

X

Á espaldas de la Cruz.

En medio de los tiempos
está la Cruz del Redentor alzada;
de allí vendrá la fuerza, de allí el triunfo,
de allí la luz, la salvación de España.
A espaldas de ella están los pueblos muertos,
la pasión endiosada,
la esclavitud, el cesarismo déspota,
el torpe odio de razas,
Marte brutal, Marco ebrio,
Mercurio avaro y Venus descocada.
Frente á la Cruz, el hombre redimido
que lucha y se levanta
por encima de todas las miserias
de la carne liviana,
el deber que no cede ante el martirio,
la caridad que hasta el leproso baja,
la fe ardiente que mece en las alturas
del éxtasis al alma,
los grandes ideales de la vida,
los triunfos más gloriosos de la Patria:
Isabel y Colón, Teresa, Ignacio,
y Gonzalo de Córdoba, y Juan de Austria.
¿Por qué hoy en medio de la regia pompa
de un progreso brillante, caen las almas
en los mismos umbrales de la vida,
muertas ya, sin alientos ni esperanzas?
¿Por qué en el corazón la negra duda,
y la brutal blasfemia en la palabra?
¿Y la horrenda catástrofe y el crimen
agitando con saña
el social edificio que bacila,
y tiembla, y se desgaja?
¿Qué atmósfera de viento nos rodea?
¿Qué sucede?... ¿Qué pasa?
¿Que estamos otra vez en las vergüenzas
de aquella torpe sociedad pagana:
que hemos retrocedido veinte siglos
y le hemos vuelto á Cristo las espaldas!...

Luis RAM DE VIU,
Barón de Hervés.

LOS CLAVOS

¿Queréis que hablemos de su número? Más de diecinueve centurias pasaron desde la crucifixión de Jesucristo, y aún no se ha puesto en claro si fueron cuatro ó si fueron tres los que sostuvieron y maltrataron la adorable víctima. Ni la congruencia ni la Historia, ni la crítica ni el arte, lo resuelven de un modo definitivo, y si hemos de exponer lo que sobre ello pensamos, será prefiriendo la opinión de los que afirman que nuestro Redentor fué crucificado en cuatro clavos.

Nada se lee en los Evangelios, nada en las relaciones antiguas de San Ambrosio, Rufino y Sozomeno, y de estar á lo que se creía primitivamente, deduciéndolo de los primeros crucifijos que datan del siglo V, cuatro, y no tres, son los clavos que taladraron las manos y los pies de Jesucristo. En prueba de ello, la obra de talla que se conserva en Roma en la portada del Templo de Santa Sabina y la Imagen esculpida en un trozo de marfil que se guarda en el Museo Británico de Londres. Del siglo VI hay un dibujo custodiado en la Biblioteca Laurentina de Florencia, el cual se halla en el Evangelionario Siriano; y de este mismo siglo ó del siguiente merecen mención especialísima un relicario que posee la Iglesia de la Coronación de San Juan de Monza, y un crucifijo que se encontró en el Cementerio de San Julio, mencionado por Gori en su *Tesoro de dipticos*; en todos ellos son cuatro los clavos.

Este número acusan las Imágenes del siglo IX, como es de ver en diferentes trabajos de escultura y pintura, entre otras el diptico del Monasterio de Rambona que se conserva en el Museo Vaticano y la plancha marfilea de la Biblioteca Nacional de París, en que también se archiva la copia de las obras de San Gregorio Nacianceno, escrita a mediados del mismo siglo y en la cual se representan los cuatro clavos.

Si á la Historia ó al Arte extraños á la idea cristiana, ó mejor dicho, enemigos, hubiéramos de pedir testimonio, tendríamos al menos dos importantísimas piezas de prueba que confirman la opinión á que nos sentimos inclinados. Es una del siglo II, consistente en una caricatura pagana de Cristo crucificado, en la cual, por la dirección de las piernas, se entrevé que cada pie tuvo su propio clavo. Hállase esta caricatura en el Museo Kircher, de Roma, donde puede ser vista por los amantes del Arte. La otra es, si cabe, más decisiva; es un pasaje de Plauto, que, aludiendo á la crucifixión, usó las palabras que transcribimos, con que indudablemente se propuso expresar la forma que se empleaba en la ejecución de tan doloroso tormento. Dice así el célebre poeta: AFLIGANTUR BIS PEDES, BIS BRACHIA. (*Mostellaria*, acto II, escena 1.^a)

Documento de valor en sentido contrario, intentando probar que la crucifixión se hizo en tres clavos, no lo hay anterior al siglo XII, y otra clase de razones no convence.

CRISTO Y EL ALMA

ALMA... ¡Heridas tenéis, mi vida, y duelemos!
 ¡Tuvieralas yo, y no Vos!
 ¿Quién os puso de esa suerte, mi Jesús enamorado?

CRISTO... ¡Ay qué caro me ha costado, alma, buscarte y quererte!
 Mis heridas son de muerte aunque dadas por tu amor.

ALMA... ¡Heridas tenéis, mi vida, y duelemos!
 ¡Tuvieralas yo, y no Vos!
 Fuera yo, Señor, la herida, si son de muerte las vuestras.

CRISTO... Pues qué pesar de ellas muestras, alma, llámalas de vida; que no verás en mi herida donde vida no te doy.

ALMA... ¡Heridas tenéis, mi vida, y duelemos!
 ¡Tuvieralas yo, y no Vos!
 ¡Ay, cómo me han lastimado las heridas que en Vos veo!

CRISTO... Para lo que yo deseo, pocas son las que me han dado, que no es buen enamorado el que no muere de amor.

ALMA... ¡Heridas tenéis, mi vida, y duelemos!
 ¡Tuvieralas yo, y no Vos!
 ¡De! Maestro Valdivielso.

AMOR DE DIOS

§ IV

La segunda ignorancia que quita el merecimiento al amor, es no conocer quién ama á quién ama. ¿Cuántas cosas hay en el mundo muy afinadas, que si las conociera quien las ama, habían de ser muy aborrecidas? Gracias, pues, al engaño y no al amor. Sirvió Jacob los primeros siete años á Labán, y al cabo de ellos, en vez de darle á Raquel, le dieron á Lia. ¡Ah engañado pastor, y más amante! ¿Si preguntáramos á la imaginación de Jacob por quién servía?, respondería que por Raquel; mas si hiciéramos la misma pregunta á Labán, que sabe lo que es y lo que ha de ser, dirá con toda certeza que sirve por Lia, y así fué. Servís por quien servís, no servís por quien pensáis. Pensáis que vuestros trabajos y vuestros desvelos son por Raquel la amada, y trabajáis, y os desveláis por Lia la aborrecida. Si Jacob supiera que servía por Lia, no serviría siete años ni siete días; luego sirvió al engaño y no al amor, pues sirvió por quien no amaba. ¡Oh cuántas veces se representa esta historia en el teatro del corazón humano, y no con diversas figuras, sino en la misma! La misma, que en la imaginación es Raquel, en la realidad es Lic; y no es Labán el que engañó á Jacob, sino Jacob el que se engañó á sí mismo. No así al divino amante Cristo. No sirvió por Lic imaginando que era Raquel; amaba, sí, á Lia, conocida por Lia. Ni la ignorancia le robó el merecimiento al amor, ni el engaño le trocó el merecimiento al trabajo. Amó y padeció por todos y por cada uno, no como era razón que ellos fuesen, sino como ellos eran. Por el enemigo, sabiendo que era enemigo; por el ingrato, sabiendo que era ingrato, y por el traidor, sabiendo que era traidor. *Sciebat enim quis esset qui traderet eum.*

De este discurso se sigue una conclusión tan cierta como ignorada: y es que los hombres no

aman aquello que piensan que aman. ¿Por qué? O porque lo que aman no es lo que piensan, ó porque aman lo que verdaderamente no hay. Quien estima vidrios pensando que son diamantes, diamantes estima y no vidrios. Quien ama defectos pensando que son perfecciones, perfecciones ama y no defectos. Pensáis que amáis diamantes de firmeza y amáis vidrios de fragilidad. Pensáis que amáis perfecciones angélicas y amáis imperfecciones humanas: luego los hombres no aman lo que piensan que aman. De donde también se sigue que aman lo que verdaderamente no hay, porque aman las cosas, no como son, sino como las imaginan, y lo que se imagina; y lo que se imagina no es ni lo hay en el mundo. No así el amor de Cristo sabio y sin engaño. *Cum dilexisset suos qui erant in mundo.*

Notad el texto y su última cláusula, que parece superflua y ociosa. Como amase á los suyos que había en el mundo. ¿Pues dónde los había de haber? ¿Fuera del mundo? Claro está que no; luego si bastaba decir como amase á los suyos, ¿para qué añade el Evangelista los suyos, que había en el mundo? *Suos qui erant in mundo.* Fué para que entendiésemos el conocimiento con que Cristo amaba á los hombres, muy diferente de aquel con que los hombres aman. Los hombres aman muchas cosas que no las hay en el mundo. Aman las cosas como las imaginan, y las cosas, como ellos las imaginan, los hay en la imaginación, pero en el mundo no los hay. Por el contrario, Cristo amó á los hombres como verdaderamente eran en el mundo y no como engañosamente podían ser en la imaginación: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo.* No amó Cristo á los suyos como vos amáis á los vuestros; vos los imagináis como son en la imaginación y no como son en el mundo. En el mundo son ingratos, en vuestra imaginación son agradecidos; en el mundo son traidores, en vuestra imaginación son leales; en el mundo son enemigos, en vuestra imaginación son amigos. Y amar al enemigo pensando que es amigo; al traidor pensando que es leal, y al ingrato pensando que es agradecido, no es fineza, es ignorancia; por eso vuestro amor no tiene merecimiento, ni es fino un engaño.

El de Cristo sí, fué verdadero amor y verdadera fineza, porque amó á los suyos como eran y con entera ciencia de lo que eran; al enemigo sabiendo su odio; al ingrato sabiendo su ingratitud, y al traidor sabiendo su falsedad: *Sciebat enim quis esset, qui traderet eum.*

Mas si esta ciencia de Cristo era universal respecto de todos los discípulos (que eran los suyos que había en el mundo), ¿por qué nota más particularmente el Evangelista el conocimiento de esta misma ciencia respecto de Judas, advirtiéndole que sabía el Señor cuál era el que le había de entregar? *Sciebat enim quismam esset qui tradere eum.* Tan perfectamente conocía Cristo á Judas como á Pedro y á los demás; pero notó el Evangelista con especialidad la ciencia del Señor respecto de Judas, porque en Judas, más que en otro alguno, campeó la fineza de su amor. Ahora ved. Definiendo San Bernardo el amor, dice así: *Amor non quaerit causam, nec fructum.* El amor fino no busca la causa ni el fruto. Si amo porque me aman, tiene el amor causa; si amo para que me amen, tiene fruto; y el amor fino ni ha de tener por qué ni para qué. Si amo porque me aman, es obligación, hago lo que debo. Si amo para que me amen, es negociación, busco lo que deseo. ¿Pues cómo ha de amar el amor para ser fino? *Amo, quia amo; amo ut amen.* Amo porque amo; y amo para amar. Quien ama porque le aman, es agradecido; quien ama para que le amen, es interesado; quien ama, no porque le aman, ni para que le amen, ese sólo es fino. Y tal fué la fineza de Cristo respecto de Judas; fundada en la ciencia que tenía de él y de los demás discípulos.

En la plática de esta última cena dijo Cristo á los discípulos: *Iam non dicam vos fervos sed amicos.* Discípulos, de aquí en adelante no os he de llamar siervos, sino amigos. Siendo esto así, leed todos los Evangelistas y hallaréis que sólo á Judas llamó amigo, cuando le dijo: *Amice, ad quid ve nisti?* ¿Pues Señor, no está ahí Pedro, no está ahí Juan, que merecen más que todos el nombre de amigos? Por qué no les dáis este nombre sino á Judas? ¿A Judas el enemigo? ¿A Judas el falso? ¿A Judas el traidor el nombre de amigo, *Amice?* Hoy sí. Porque Cristo en este día no buscaba motivos al amor, buscaba circunstancias á la fineza. Los otros discípulos sabían Cristo que le amaban y sabía que le habían de amar hasta dar la vida por él. Porque le amaban, tenía su amor causa; y porque le habían de amar, tenía fruto. Por lo contrario, Judas ni amaba á Cristo porque le vendía, ni

le había de amar porque había de perseverar obstinado hasta la muerte; y amar el Señor á quien no le amaba ni le había de amar, era amar sin causa y sin fruto; y por eso mayor fineza. Amar ingratitudes conocidas, cosa es que algunas veces se halla en el amor; pero ninguno amó una ingratitud conocida que allí mismo no amase un agradecimiento esperado. Sólo Cristo fué tan fino y tan amante que amó sin correspondencia, porque amó á quien sabía que no le amaba; y sin esperanza, porque amó á quien sabía que no le había de amar. Por eso dá solo á Judas el título de amigo, no porque le mereciese el amor, sino porque se acreditaba la fineza. Amar por razones de amar, eso lo hacen todos; pero amar con razones de aborrecer, sólo Cristo lo hace. Hizo de las ofensas obligaciones y de los agravios motivos, porque era obligación de su amor llegar á la mayor fineza. *In finem atlexit.*

§ V

La tercera circunstancia de la ciencia, que subió de punto grandemente el amor de Cristo, fué el conocimiento que tenía del mismo amor. Cristo conocía todas las cosas con tres ciencias altísimas: con la ciencia divina, como Dios; con la ciencia beata, como bienaventurado; con la ciencia infusa, como cabeza del género humano y Redentor del mundo. El amor aún le conoció con otra cuarta ciencia, que fué la experimental y adquirida; porque así como dice San Pablo que aprendió á obedecer padeciendo, así aprendió á amar amando. Esto es lo que ponderó mucho San Juan, advirtiéndole que amó habiendo amado: *Cum dilexisset, dilexit.*

Cuestión es curiosa en esta filosofía cual sea más precioso y de mayores quilates, si el primer amor ó el segundo. Al primero ninguno le puede negar que es el primogénito del corazón, el mayorazgo de los afectos, la flor del deseo y las primicias de la voluntad. No obstante, yo reconozco grandes ventajas en el segundo amor. El primero es bisoño; el segundo experimentado; el primero es aprendiz; el segundo maestro; el primero puede ser ímpetu; el segundo no puede ser sino amor. En fin, el amor segundo, porque es segundo, es confirmación y ratificación del primero, y por eso no simple amor, sino duplicado y amor sobre amor. Es verdad que el primer amor es el primogénito del corazón; pero la voluntad siempre libre no tiene vinculados sus afectos, que son sus bienes. Sea el primero, mas no por eso el mayor.

La primera vez que Jonatás se aficionó á David, dice la Escritura Sagrada que le hizo juramento de perpetuo amor: *Inirum autem David, et Ionatas foedens deligabat enim unum quasi animam suam.* Pasaron después de esto algunos tiempos de firme voluntad, aunque de varia fortuna; y vuelve á decir el texto que Jonatás hizo segundo juramento á David de no faltar jamás á su amor: *Et addidit Ionatas deierare David, eo quod diligeret eum.* Pues si Jonatás había hecho un juramento de amor á David, ¿por qué añade ahora otro? ¿Por ventura quebrantó el primero para que fuese necesario el segundo? Es cierto que no le quebrantó; porque no fuera Jonatás el ejemplo de la mayor amistad, si no lo fuera también de la firmeza. Pues si el amor estaba jurado al principio, ¿por qué le jura otra vez ahora? Porque fué muy diferente materia jurar el amor antes de conocido, ó jurarle después de experimentado. Cuando Jonatás juró la primera vez, aún no sabía qué era amar, porque no lo había experimentado; cuando juró la segunda vez, ya tenía larga experiencia de lo que era y cuán caro costaba por lo mucho que padeció por David; y era tan diferente el concepto que Jonatás hacía ahora entre uno y otro amor, que juzgo que el juramento del primero no obligaba á guardar el segundo. Pues para que la ignorancia pasada no disminuyese el merecimiento presente, por eso hizo juramento de nuevo amor. No nuevo porque dejase de amar en alguna hora; mas porque era poco el que antes prometió en comparación de lo mucho que hoy amaba. Entonces prometió como conocía; ahora prometía como había experimentado. Que Jonatás se resolviese á amar á David cuando no conocía las pasiones de este tirano afecto, no fué mucha fineza; mas después de conocer sus rigores, después de sufrir sus sinrazones, después de experimentar sus crueldades, después de padecer sus tiranías, después de sentir sus ausencias, después de llorar soledades, después de resistir contradicciones, después de atropellar dificultades, después de vencer imposibles, arriesgando la vida, despreciando la honra, abatiendo la autoridad, revelando secretos, ocultando verdades, desmintiendo espías, entregando el alma, sujetando la voluntad, cau-

tivando el albedrío; muriendo dentro de sí por tormento y viviendo en su amigo por cuidado siempre triste, siempre afligido, siempre inquieto, siempre constante, á pesar de su padre y de la fortuna de ambos (que todas estas finezas, dice la Escritura, hizo Jonatás por David) que después, digo, de tan calificadas experiencias de su corazón y de su amor, se resolviese segunda vez á hacer juramento de amar siempre? Esto, sí, esto es amar.

Lo mismo digo de nuestro fino amante, con la ventaja que va del Hijo de Dios á un hijo de Saul. Si Cristo pudiera no conocer el amor, ó no le conociera por experiencia, fuera menos el que nos amase; pero conociendo experimentalmente el amor y el amor suyo, y sabiendo que era tan riguroso que le arrancó del pecho de su padre, que fué tan inhumano que le echó en la tierra en un pesebre, que á ocho días de nacido le sacó la sangre de las venas; que antes de dos meses de edad le desterró á Egipto, y que si no le quitó la vida á manos de Herodes fué porque no se contentaba con tan poca sangre; que conociendo Cristo que este era su amor no desistiese ni se arrepintiese, antes continuase en amar, ¡grande amor! Grande, porque amó; pero mucho mayor porque amó sobre haber amado: *Quam dilexisset dilexit.*

Bien veo que me replican los teólogos que el amor de Cristo desde el primer instante hasta el último siempre fué igual y nunca creció. Así lo pedía la razón. Si el disminuirse en el amor es descrédito, también es descrédito el crecer. Quien dice que ama más desacredita su amor; porque aunque el crecer sea aumento, es aumento que supone imperfección. Amor que puede crecer no es amor perfecto. Pues si el amor perfectísimo de Cristo siempre fué igual y nunca creció, ¿cómo decimos que hoy fué mayor? Todos responden, y bien, que fué mayor en los efectos; pero yo, como más grosero, aun en la misma sustancia del amor no puedo dejar de reconocer alguna consideración de mayoría. Confieso que no creció, más bien puede ser mayor sin crecer. Una columna sobre la basa, una estatua sobre la peana, crece sin crecer. Así el amor de Cristo hoy, porque fué amor sobre amor; y como la basa, y la peana, no sólo era de la misma sustancia, sino la misma sustancia del amor de Cristo; no sólo queda hoy más subido, sino en cierto modo mayor. Es esto tanta verdad, que á mi ver no pueden tener otro sentido las palabras del Evangelista: *Cum dilexisset dilexit.* Como ama se amó. Estas palabras dicen más de lo que suenan. Amase y amó no tienen más diferencia que en el tiempo, en la significación no tienen diversidad. ¿Qué cosa nueva, pues, nos dice el Evangelista? Si dijera: como hubiese amado mucho, ahora amó más, estaba bien; eso es lo que quería probar. Y si quiere decir que amó más, ¿cómo dice sólo que amó? Porque lo dice con tales términos, que diciendo sólo que amó, queda probado que amó más: *Cum dilexisset dilexit.* Como amase amó. Y esto de amor sobre haber amado, no es sólo amar después, sino amar más; no dice sólo la relación de tiempo, sino exceso de amor; y como el Evangelista quería subir de punto lo mucho que el Señor amó hoy, entendió que para encarecer el amor presente bastaba suponer el pasado.

Cuando Dios mandó á Abraham que le sacrificase á su hijo en todo el rigor de la propiedad hebrea, dice así el texto: *Tolle filium tuum, quem dilexisti Isaac.* Sacrificame á tu hijo Isaac á quien amaste. A quien amas, parece había de decir; porque todo el intento de Dios fué encarecer el amor para dificultar el sacrificio. ¿Pues por qué no dice, sacrificame el hijo que amas, sino el hijo que amaste? por eso mismo. Quería Dios encarecer el amor para dificultar el sacrificio; y en ninguna cosa podía encarecer más el amor presente que en la suposición del pasado. Sacrificame el hijo, no sólo que amas, sino que amaste; porque amar sobre haber amado es el mayor amor. Por eso el Evangelista hoy, comparando amor con amor, no hizo comparación de grande á excesivo, sino de primero á segundo: *Cum dilexisset dilexit.* Esta fué la primera y segunda herida del corazón de que nuestro divino amante, mucho antes de tirarle el amor las saetas, ya se gloriaba: *Vulnerasti cor meum soror mea ponsa, vulnerasti cor meum.* La primera herida fué del amor pasado; la segunda la del amor presente; y para prueba de cuál fué mayor y más penetrante, si no basta ser herida sobre herida, baste saber que con la primera vivió y que la segunda le quitó la vida: *Cum dilexisset, dilexit.* Nos hemos entrado, sin pretenderlo, en la cuarta consideración.